

La belleza y la alegría de ser sacerdote



**Carta pastoral del
Arzobispo de Mérida-Badajoz
a todos los sacerdotes
que conforman el presbiterio
de esta Iglesia Particular**

**✠ FR. JOSÉ RODRÍGUEZ CARBALLO, OFM
Arzobispo de Mérida-Badajoz**

La belleza y la alegría de ser sacerdote

**Carta pastoral del
Arzobispo de Mérida-Badajoz
a todos los sacerdotes
que conforman el presbiterio
de esta Iglesia Particular**



**✠ FR. JOSÉ RODRÍGUEZ CARBALLO, OFM
Arzobispo de Mérida-Badajoz**

Maquetación e impresión:
ARTES GRÁFICAS MARCIPA
Tfno.: 652 747 402

Índice

1. Gratitud	7
2. El sacerdote que necesita nuestra Archidiócesis	9
3. La belleza y alegría de la llamada	16
4. La belleza y alegría de ser discípulo.....	21
5. La belleza y alegría de ser apóstol	24
6. La belleza y alegría de ser hermano	27
7. La belleza y alegría de ser llamados para llamar	31
8. Conclusión	34

Queridos sacerdotes y diácono de la Archidiócesis de Mérida-Badajoz: ¡*El Señor os dé la paz!*

Se acerca el Triduo Pascual y, dentro de él, el día de Jueves Santo; un día especialmente grande para nosotros, queridos hermanos en el sacerdocio. Es el día de nuestra fiesta, por ser el día en que nació nuestro sacerdocio - “haced esto en memoria mía” (Lc 22, 19; 1 Cor 11, 23) -, con el cual participamos del único Sacerdocio de Cristo Mediador.

En este día en el que nos encontramos todos en torno a la Eucaristía, el tesoro más grande de la Iglesia, como nos recuerda el Vaticano II¹, no quiero dejar pasar la circunstancia sin saludaros a todos los que formáis parte de la comunidad presbiteral de nuestra Iglesia particular.

Mucho es lo que quisiera compartir con vosotros después de dos años que formo parte de este presbiterio de Mérida-Badajoz, pero ni el tiempo ni las circunstancias lo aconsejan. De todos modos, abriéndos mi corazón de Pastor de esta Iglesia que peregrina en estas tierras extremeñas, quiero compartir algunas reflexiones que puedan ayudarnos a vivir aún más profundamente la sublimidad del don constituido por el Sacerdocio de Cristo.

1. Gratitud

Permitidme, queridos sacerdotes de esta amada Archidiócesis de Mérida-Badajoz, que comience esta carta dándoos las gracias. No es un mero formalismo, Dios me es testigo.

¹ Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium*, 10.

Gratitud, mucha gratitud es lo que realmente siento en mi corazón cuando pienso en vosotros, jóvenes, ancianos, adultos, sanos y enfermos. Y es que, en medio de tanta “oscuridad”, vosotros, en el día a día, en medio de nuestro pueblo, sois *faros* y *antorchas* que comunican la Luz de Cristo a los hombres y mujeres que encontráis por el camino. En medio de tanto “frío” vosotros lleváis la Palabra de Dios a nuestros contemporáneos, una Palabra que hace que les arda el corazón (cf. Lc 24, 34). En medio de tanta “sequía”, a través de los sacramentos que administráis, lleváis consuelo y saciáis la sed que atormenta a nuestros contemporáneos. En medio de tanta desesperanza sois sembradores y profetas de la esperanza.

Nuestra Iglesia particular cuenta con sacerdotes muy buenos: hermanos que silenciosamente “lo dejan todo” para dedicarse a la vida de sus comunidades. Hermanos que trabajan en las “trincheras” y que “ponen la cara” para cuidar y acompañar a su pueblo. Curas que están entregando su vida sencilla y calladamente. Curas que están afrontando con valentía y enfrentando con sabiduría el cambio de época que estamos viviendo. Pastores que, a pesar de tantas dificultades, a veces en medio del cansancio y de situaciones complejas, siguen estando ahí, fieles a su vocación y perseveran aún en las “noches oscuras”. Pastores que entregan sus vidas en el día a día, ejerciendo el ministerio sacerdotal en las parroquias y en otras realidades apostólicas diocesanas.

Todo esto lo he podido comprobar en los diversos encuentros personales que en este tiempo he tenido con vosotros. Lo he comprobado en los encuentros que mantuve con cada arcipreste en lo que va de curso. Lo he comprobado en el encuentro directo que he tenido con el Pueblo santo de Dios durante las visitas que he realizado a las distintas parroquias. Por el bien que el Señor derrama en vosotros y a

través de vosotros “laudado sii mi Signore”.

Con esta carta quiero mostraros, también, mi cercanía y mi gratitud por vuestra perseverancia, por vuestra pasión por el sacerdocio al que habéis sido llamados y por vuestra pasión por el pueblo al que habéis sido enviados. Gracias, queridos sacerdotes, por vuestra entrega generosa y silenciosa de la que solo Dios es testigo, y por el compromiso con el pueblo que os ha sido confiado. Gracias por seguir estando ahí. Gracias, queridos sacerdotes, por lo que sois y por lo que hacéis.

2. El sacerdote que necesita nuestra Archidiócesis

Recientemente el papa León XIV escribía que el prototipo del sacerdote que necesitamos hoy no se define por la “multiplicación de tareas o por la presión de los resultados, sino en ser varones configurados con Cristo, capaces de sostener su ministerio desde una relación viva con Él, alimentada por la Eucaristía y expresada en una pastoral marcada por el don sincero de sí”². Y proseguía: “No se trata de inventar nuevos modelos ni de redefinir la identidad que hemos recibido, sino de volver a proponer, con renovada intensidad, el sacerdocio en su núcleo más auténtico: ser *alter Christus*, dejando que sea Él quien configure nuestra vida, unifique nuestro corazón y dé forma a un ministerio vivido desde la intimidad con Dios, la entrega fiel a la Iglesia y el servicio concreto a las personas que nos han sido confiadas”³.

Sacerdotes así, centrados en Cristo y configurados con Él y al servicio de las ovejas que nos han sido confiadas, son los que necesita hoy nuestra Iglesia de Mérida-Badajoz, sin dejarse atrapar por estructuras que inmovilizan,

² León XIV, Carta al presbiterio de la Archidiócesis de Madrid con motivo de la Asamblea Presbiteral “Convivium”, 9 de febrero de 2026.

³ *Ib.*

superando el miedo y el conformismo para abrazar el momento actual que nos ha tocado vivir con audacia evangélica. Y todo sin perder la autenticidad del Evangelio.

Nuestra Iglesia particular no necesita de sacerdotes líderes, ni funcionarios, sino de sacerdotes pastores, sacerdotes discípulos de Jesús. Nuestra Iglesia no necesita sacerdotes que simplemente gestionen el rebaño, sino pastores que amen, pastores que pasen de la gestión a la visión, pastores que amen antes de acompañar a las ovejas que le han sido confiadas, pastores “colirio” que ayuden a los hombres a ver de forma diferente.

Nuestra Iglesia particular necesita sacerdotes que sean hombres de Dios, que trabajen la interioridad. Para ello el sacerdote no solo ha de ser un hombre de oración, sino un hombre hecho oración⁴; un hombre cuya vida se deje transformar por la oración; un hombre que se deje abrazar y dominar por la oración. Nuestra Archidiócesis necesita de sacerdotes/hombres de oración, anclados en la relación personal con Cristo; sacerdotes que saquen de la oración la fuerza necesaria para ser discípulos y misioneros allí donde el Señor los coloque. Sacerdotes que sean fieles a la oración también cuando la vida aprieta. Sacerdotes bien conscientes de que solo una vida de oración podrá garantizar la fecundidad de su acción evangelizadora: “Sin mí nada podéis hacer” (Jn 15, 5). Decía el papa Francisco: “Un sacerdote es invitado ante todo a cultivar la cercanía de Dios, la intimidad con Él. La relación con Dios es como el injerto que nos mantiene dentro de un vínculo de fecundidad. Sin una relación significativa con el Señor

⁴ De san Francisco de Asís se dice que no solo oraba, sino que era un hombre hecho oración (cf. 2 Cel 95), porque su vida entera fue una constante elevación hacia Dios, transformando cada acción, encuentro y elemento de la creación en un motivo de alabanza

nuestro ministerio está destinado a ser estéril. La cercanía con Jesús, el contacto con su Palabra, nos permite confrontar nuestra vida con la suya, con su misión y aprender a imitarla”⁵.

Nuestra Archidiócesis necesita sacerdotes que ni vivan para exhibirse ni para esconderse. Sacerdotes sin complejos ni de superioridad ni de inferioridad, que estén en el mundo sin ser del mundo, como nos pide Jesús (Jn 17, 16), que vivan inmersos en la sociedad -el aislamiento no es la solución-, sin caer en la mundanidad, como denunció tantas veces el papa Francisco, adoptando los valores del mundo contrarios al Evangelio. Nuestra Archidiócesis necesita sacerdotes que tengan el corazón arraigado en los valores evangélicos y, sin dejarse llevar por la moda, naden contra corriente siempre que sea necesario para seguir siendo “luz del mundo y sal de la tierra” (Mt 5, 13-16).

Necesitamos sacerdotes que renueven constantemente sus promesas sacerdotales, el espíritu de santidad con el que fueron ungidos el día de su ordenación y el compartir la “unción” que recibieron con todos los que están a su cargo, especialmente con los que “no tienen nada de nada”⁶. El sacerdote que necesita nuestra Archidiócesis ha de prestar particular atención a ciertas situaciones que lo apartan del amor primero, como puede ser la tibieza, la mediocridad, y la anemia espiritual. Al mismo tiempo ha de superar el fatalismo y la pereza mediante la audacia y la creatividad.

Necesitamos sacerdotes que reaviven el fuego de su ministerio, especialmente cuando adviertan el cansancio, la desilusión, o cierto decaimiento espiritual y moral. Para ello es urgente “volver

⁵ Papa Francisco, *Discurso al Simposio por una teología fundamental del sacerdocio*, Roma, 17 de febrero 2022.

⁶ Papa Francisco, Misa crismal, Basílica de San Pedro, 28 de marzo de 2013.

a anunciar el Evangelio” y la necesidad de un cambio de rumbo en la pastoral ordinaria de las parroquias, en particular en la relación entre iniciación cristiana y evangelización. No se trata solamente de garantizar la administración de los sacramentos -como propone el modelo clásico de la pastoral ordinaria-, sino que es esencial que los sacerdotes pongan en el centro de su ministerio el anuncio “para buscar caminos y modos que ayuden a las personas a entrar nuevamente en contacto con la promesa de Jesús”⁷. Necesitamos sacerdotes que estén dispuestos a “experimentar otras modalidades de transmisión de la fe, también fuera de los caminos clásicos, para intentar implicar de nuevo a los niños, a los jóvenes y a la familias”⁸.

Necesitamos sacerdotes que carguen sobre sus hombros al pueblo que le ha sido confiado y lleven sus nombres grabados en su corazón, especialmente el de los hombres y mujeres probados por el sufrimiento, la soledad, y la pobreza. Necesitamos sacerdotes que salgan de sí mismos con fe a darse y a dar el Evangelio a los demás. Necesitamos sacerdotes/pastores que pongan en juego la propia piel y no simplemente gestores. Ser gestores simplemente genera sacerdotes tristes, sacerdotes insatisfechos, coleccionistas de antigüedades o de novedades, pero siempre coleccionistas y no pastores.

Nuestra Archidiócesis necesita sacerdotes cuya “vida sea visible, coherente y reconocible, aunque no siempre sea comprendida”⁹, que mantengan su fidelidad a Dios aun en medio

⁷ León XIV, *Encuentro con el clero de Roma*, 19 de febrero 2026.

⁸ *Ib.*

⁹ En la Carta, antes citada, que el papa León XIV envía al clero de Madrid con motivo de la celebración de su asamblea, el Pontífice insta a los sacerdotes a la unidad, la fraternidad y a resistir el individualismo en un contexto de secularización y polarización, al tiempo que propone la santidad y la centralidad de la Eucaristía como hoja de ruta.

del fracaso; que nunca dejen de estar al lado del pueblo, particularmente de los más vulnerables, pastores con “olor a oveja”¹⁰, pertenecientes a Dios sin dejar de caminar con los hombres; pastores cercanos, dispuestos a servir y no clérigos de estado o funcionarios, como pedía ya el papa Francisco. El pueblo de Dios que peregrina en nuestra Archidiócesis nos está pidiendo que seamos cercanos a Dios y cercanos al pueblo. La relación con el Pueblo santo de Dios no debería ser para nosotros, sacerdotes, un deber, sino una gracia. Como afirma el papa Francisco, “el amor a la gente es una fuerza espiritual que facilita el encuentro pleno con Dios”¹¹.

Necesitamos sacerdotes que permanezcan a la escucha de los jóvenes, que se hagan presentes, que los acojan, que compartan un poco de su vida, sin confundirse con ellos; necesitamos sacerdotes que sean capaces de captar y leer el profundo malestar existencial que anida en el corazón de los jóvenes, su desconcierto, sus múltiples dificultades, así como los fenómenos que los involucran en el mundo virtual y los síntomas de una preocupante agresividad, que a veces desemboca en violencia.

Nuestra Archidiócesis necesita un presbiterio unido, que viva la alegría del sacerdocio, más allá de las ideologías, asumiendo la diversidad como una riqueza. Sacerdotes de comunión entre ellos y con el pueblo, rompiendo barreras de egoísmo, y de protagonismos; sacerdotes que eviten actuar de manera solitaria y la tentación de la auto referencialidad, así como una mayor colaboración entre parroquias del mismo arciprestazgo. Sacerdotes constructores

¹⁰ Papa Francisco, Misa crismal, Basílica de San Pedro, 28 de marzo de 2013.

¹¹ Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, 272.

de puentes¹² y no de muros: “Yo soy seguidor de Pablo, yo soy de Apolo, yo soy Pedro...” (1 Cor 1, 12). Esto implica salir de uno mismo, evitar prejuicios y ponerse en lugar de los demás.

Necesitamos sacerdotes que confíen, oren, discernan y vuelvan a salir con celo de discípulos misioneros que no se rinden al desaliento. No es el momento del repliegue. Necesitamos sacerdotes que cultiven un modo fraternal y sinodal de vivir nuestras relaciones y nuestro ser pastores. Necesitamos pastores que ayuden a la Iglesia a lanzar una voz profética, a ser signo levantado en medio de nuestro pueblo. Necesitamos sacerdotes que asuman con valentía el desafío de individualismo creciente en nuestra sociedad y que se instala también en nuestra Iglesia particular y nuestro presbiterio y que intenten caminar juntos, soñar juntos, como presbiterio y como parte del Pueblo santo de Dios. Necesitamos sacerdotes que cuiden de los otros sacerdotes y generen relaciones fraternas.

Necesitamos sacerdotes que caminen como presbiterio unido, alegre y diverso. Necesitamos de sacerdotes que cultiven un modo fraternal y sinodal y que eviten la polarización.

Necesitamos un presbiterio formado por diferentes edades, diferentes espiritualidades, diferentes sensibilidades, pero un único sacerdocio en Cristo. Necesitamos un clero que practique la “mística del encuentro” y recupere la belleza de encontrarse con otros hermanos en el sacerdocio. Necesitamos un clero que camine junto, programe junto, sueñe junto: los sacerdotes religiosos aportando la vivencia de la fraternidad; los diocesanos, la diocesaneidad; los más jóvenes, la energía; los más mayores, la experiencia. Necesitamos un presbiterio variado, pero con una única misión compartida; un clero

¹² Cf. Papa León XIV, Discurso a los empleados de la Santa Sede, 24 de mayo de 2025.

en el que la diferencia intergeneracional se viva como una riqueza en sí misma; un presbiterio en el que se dé escucha mutua, respeto y cariño; un presbiterio en el que tanto el más joven como el más anciano no se sienta solo.

Nuestra Archidiócesis necesita sacerdotes jóvenes que, conscientes de la realidad social y eclesial más difícil y menos gratificante que estamos viviendo, cuiden su vocación y se dejen acompañar para evitar correr el riesgo de agotar las propias energías, acumulando frustración y con el peligro de caer en la soledad. Necesitamos sacerdotes jóvenes que trabajen por mantener la fidelidad cotidiana en la relación con el Señor y trabajen con entusiasmo aunque ahora no vean los frutos del apostolado; un clero joven que no se encierre en sí mismo y no tenga miedo a confrontarse sobre sus cansancios y sus crisis; un clero joven que se deje acompañar por otros hermanos presbíteros.

Nuestra Archidiócesis necesita sacerdotes “profetas de esperanza”, no sacerdotes anclados en el pasado, no sacerdotes que se refugien en un mundo o en una sociedad que ya no existen. Nuestra Iglesia particular necesita sacerdotes que no solo detecten el cambio, sino que lo acojan. No necesitamos sacerdotes “profetas de desventuras” para los cuales todo va mal, pero tampoco sacerdotes con un optimismo exacerbado -todo va bien- que termina por ignorar a los heridos que yacen a la vera del camino (cf. Lc 10, 25-37). Nuestra Archidiócesis no necesita sacerdotes ideologizados, sino sacerdotes centrados en Cristo, dispuestos siempre a volver al “primer amor” (Cf. Os 2, 9) y que amen profundamente a la Iglesia, nuestra madre.

Nuestra Archidiócesis necesita sacerdotes según el Corazón de Cristo: que amen sin esperar recompensa, que trabajen aunque no vean de inmediato los resultados, que se sientan

enviados a todos, particularmente a aquellos que habitan las periferias existenciales y físicas.

Preguntémonos:

1. ¿Qué me falta y qué me sobra para ser un sacerdote según el corazón de Cristo?
2. ¿Qué elementos potenciar para que yo, en cuanto sacerdote, me parezca más a un sacerdote según el corazón de Cristo?
3. Y teniendo presente lo dicho, ¿cómo me “ve” y “juzga” el Pueblo santo de Dios al que he sido enviado?

3. La belleza y alegría de la llamada

La llamada a ser sacerdote es un gran misterio. Seguro que vosotros, como yo mismo, nos hemos preguntado muchas veces: ¿Por qué a mí y no a otros que tal vez hubieran respondido mejor que yo? Yo, por más que me lo pregunte, no encuentro otra respuesta, sino en el amor que el Señor me ha tenido desde el seno materno (Is 1, 5). Se trata de un amor de predilección sin explicación humana: solo porque él quiso: “Llamó a los que él quiso...” (cf. Mc 3, 13-19).

Sí, la vocación sacerdotal es un misterio de amor entre Dios que llama al hombre con amor, y un hombre que responde libremente y por amor. La vocación al sacerdocio no es simplemente un sentimiento, más bien es una certeza interior que nace de la gracia de Dios, que toca el alma y pide una respuesta libre. Una certeza que va creciendo en la medida que nuestra respuesta vaya siendo más generosa.

Nuestra vocación al sacerdocio es siempre una iniciativa de Dios que nos ama con amor de predilección y nos invita a seguir a Jesucristo de manera radical, seguimiento que implica una

entrega total de la propia vida al servicio de la Iglesia y de su misión. Muchas veces olvidamos que un sacerdote es ante todo una persona llamada, buscada por el Señor para ser su discípulo. Ser sacerdote no comienza por una decisión personal, sino por la llamada del Otro.

En una sociedad como la nuestra donde la libertad personal y la autonomía se han convertido en una realidad sagrada, ser cura comienza por la decisión y la libertad de otra persona: “Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir” (Jr 20, 7). Él es quien decide en su amor y misericordia compartir con los hombres la misión de su Hijo, asociándolos a su tarea, a su misión y a su persona: “no me habéis elegido vosotros a mí, sino que he sido yo quien os ha elegido” (Jn 15, 16).

Por este motivo, por mucho que un sacerdote avance en el camino de su vocación, siempre ha de ser consciente de que es un discípulo que sigue al Señor. Y por este motivo el sacerdote es invitado ante todo a cultivar la cercanía de Dios, la intimidad con Él. El inicio de nuestro ser y nuestra vocación no está en nosotros, sino en haber sido llamados por Dios. Toda vocación, y no solo la sacerdotal, parte de un encuentro con la mirada amorosa de Dios que un día y otro nos dice: “Ven, sígueme” (Mt 19, 21; Mc 10, 21; Jn 1, 43).

Precisamente en esa conciencia de ser amados por el Señor con un amor de predilección, encontraremos la fuente de la belleza y, por consiguiente, de la alegría sacerdotal plena que nadie nos puede robar (cf. Jn 16, 22-24)¹³. Como nos dice Pablo Neruda: “Podrán cortar todas las flores, pero no podrán detener la primavera”.

Esa belleza y alegría no pueden ser entendidas desde un punto de vista puramente estético y

¹³ Cf. Papa Francisco, *Discurso durante la visita a Colombia*, 7 de septiembre de 2017.

mucho menos cosmético, al menos tal y como estos conceptos son entendidos hoy. Cuando hablamos de la belleza y de la alegría de ser sacerdote queremos subrayar la gracia de ser sacerdote, como un don previo a nuestra decisión personal: Él nos buscó primero, porque nos amó primero (cf. 1 Jn 4, 19-21). Amamos porque nos sentimos llamados. Nuestro amor no es un esfuerzo propio, sino una respuesta a la donación primera de Dios que transforma el miedo en esperanza y da sentido a nuestro amor. La belleza y alegría de ser sacerdote brotan de la conciencia de sentirnos llamados a este ministerio antes que las decisiones y opciones morales que conlleva, y nacen de un corazón que confía, que espera y que sabe que Dios camina con nosotros. Cuando perdemos la alegría, perdemos fuerza. Cuando la cuidamos, encontramos paz, luz y esperanza.

La belleza y la alegría de ser sacerdote residen y se descubre en la entrega total de la vida a Dios y al servicio de los demás, convirtiéndose en un instrumento de su misericordia. Esta felicidad no nace de la comodidad, sino de ser las manos, los ojos y los labios de Jesús en el mundo. Al celebrar la Eucaristía, perdonar en la Reconciliación y guiar espiritualmente, el sacerdote experimenta el gozo profundo de transformar vidas. La belleza y alegría de ser sacerdote.

En cuanto discípulo, el sacerdote no puede dejarse llevar por la tristeza. Un sacerdote triste es un triste sacerdote. A los sacerdotes podemos aplicar lo que el papa Francisco afirmaba de un cristiano. Este no puede tomar la opción de vivir una Cuaresma sin Pascua¹⁴, más bien está llamado a redescubrir cada día, lleno de admiración y asombro, la belleza y la alegría de ser sacerdote, sabiendo que dicha belleza y alegría se muestran ante todo en el contraste

¹⁴ Cf. Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, 6.

que resulta de la confluencia entre el don de Dios que se nos da de una vez para siempre en el sacramento del orden, y la fragilidad humana de la existencia concreta del sacerdote que va siéndolo a lo largo de toda su vida. La belleza y alegría de ser sacerdote no está en presentarnos ante el mundo desde una santidad y perfección separada del resto de los mortales, sino de la docilidad al Espíritu de Dios que va conformando en la ambigüedad y paradoja de nuestra vida la imagen de Jesucristo. Por eso, cuando hablamos de la belleza y alegría de ser sacerdote, aparece a la vez su gracia y su cruz, su gloria y su peso, su atractivo y su extrañeza, tanto para el sujeto que lo vive como para la sociedad y la cultura que lo rodea. “La alegría del Evangelio, la buena noticia que nos acompaña es precisamente esta: somos amados por Dios con ternura y misericordia”¹⁵. Pero estamos también hablando de la necesidad de mantener viva la amistad con el Señor. Será esa amistad la que nos libere de la tristeza del individualismo y del riesgo de una vida sin sentido, sin amor y sin esperanza.

¿Queremos mantener siempre viva la belleza de nuestra llamada a ser sacerdotes? Entonces mantengamos siempre viva la sorpresa de haber sido llamados por el Señor Jesús. Llamados a seguirlo, a estar con Él, para llegar a los demás llevándole a Él, su Palabra, su perdón... No hay nada más hermoso para un hombre que esto, ¿no es así? Cuando nosotros, sacerdotes, estamos delante del tabernáculo, y nos detenemos un momento allí, en silencio, entonces escuchamos la mirada de Jesús de nuevo sobre nosotros, y esta mirada nos renueva, nos reanima...

¹⁵ Papa Francisco, *Audiencia a los participantes en el Congreso Internacional sobre la Formación Permanente de los sacerdotes*, Vaticano, 8 de febrero de 2024.

Cuidemos la sorpresa, cuidemos el estupor, cuidemos la capacidad de maravillarnos ante la llamada que un día nos hizo el Señor a seguirlo y a ser sacerdotes. Que en nuestro corazón resuene siempre la pregunta: ¿por qué a mí? ¿Por qué a mí? Y si en algún momento vemos que esa capacidad de asombro y de maravillarnos viene a menos, recurramos a la oración. En el silencio de la oración, Jesús nos hace ver si estamos trabajando como buenos trabajadores, o si tal vez nos hemos vuelto simples “empleados, funcionarios”; si somos “canales” abiertos y generosos a través los cuales fluye abundante su amor, su gracia, o si por el contrario nos ponemos en el centro nosotros mismos, y así, en lugar de ser “canales”, nos convertimos en “pantallas” que no ayudan a la unión con Señor, con la luz y el poder del Evangelio.

A veces dejamos que la gente nos robe la alegría, ¿no? ¿Qué podemos hacer cuando alguien nos roba la alegría de ser sacerdote? Primero, aprendamos a poner un escudo contra su crítica o negatividad o cualquier cosa que haga o diga que nos robe la alegría. Oremos también por adelantado para que Dios nos ayude a proteger nuestra mente y nuestras emociones de sus tácticas para robarnos la alegría. Es posible que no podamos evitarlos, pero podemos proteger nuestra mente de ellos.

Además, no pasemos más tiempo del necesario con los “ladrones” de alegría. *Proverbios 13, 20* dice: “camina, con sabios y te harás sabio; júntate con necios y te meterás en dificultades”. Elijamos a nuestros compañeros con cuidado. Ciertamente, nunca tratemos a nadie de manera cruel o arrogante, pero es importante que evitemos a las personas que continuamente intentan robarnos la alegría.

Queridos hermanos sacerdotes: sacerdote como vosotros os pido que cultivemos nuestra vocación a través de una vida espiritual intensa. Que nada ni nadie nos robe la alegría de ser sacerdote.

Preguntémosnos:

1. ¿Cómo estoy viviendo la gracia de ser sacerdote: desde la admiración y el asombro o desde la resignación?
2. ¿Soy consciente de que mi llamada a ser sacerdote es una manifestación de amor de predilección del Señor por mí?
3. ¿Me dejo encontrar diariamente por el amor del Señor en la oración, en los sacramentos, particularmente en la Eucaristía, en la Palabra de Dios, en la devoción auténtica a María, nuestra madre?
4. Quien me trata a diario ¿es consciente del don que llevo dentro, de la gracia que ha sido derramada sobre mí por la imposición de manos?

4. La belleza y alegría de ser discípulo

Muchas veces se nos puede olvidar que un sacerdote es ante todo una persona llamada por el Señor para ser su discípulo: “E instituyó doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar” (Mc 3, 14). Y se nos puede olvidar también que el sacerdote siempre, durante toda su vida, es un discípulo, y que solo “si somos y permanecemos discípulos, podremos llegar a ser ministros de Dios y misioneros de su Reino”¹⁶.

Esta condición de discípulo está estrechamente unida a la formación. Para ser discípulos del Señor, es necesario una formación adecuada. La formación nos ayudará a profundizar en la precedencia de Cristo sobre nuestra vida y sobre la misma llamada. Ni siquiera la vocación nos pertenece, sino que pertenece a Cristo y a su Iglesia.

¹⁶ Papa Francisco, *Audiencia a los participantes en el Congreso Internacional sobre la Formación Permanente de los sacerdotes*, Vaticano, 8 de febrero de 2024.

Ese proceso de expropiación al que mira la formación que recibimos y que va de la mano de la configuración continúa con Cristo Buen Pastor es el hecho más importante y decisivo que ha de acontecer a lo largo de toda nuestra vida. Una formación que abarca todas las dimensiones de la persona: humana, espiritual, intelectual y pastoral. Una formación que dura cuanto dura la vida, puesto que nunca dejaremos de ser discípulos. Y la razón es la misma. La formación no es necesaria solo para mantener la calidad de la capacitación para el desempeño de una función, sino porque el sacerdote siempre es discípulo de Jesús, un seguidor de su Señor y Maestro, y nunca podrá decir que ha llegado a la meta (Fil 3, 13).

El déficit de formación que vivimos los sacerdotes es la expresión de una crisis más profunda: los sacerdotes fácilmente olvidamos nuestra condición de discípulos. Es en la formación permanente donde su juega la posibilidad de la renovación de la vida y el ministerio de los presbíteros, siempre y cuando entendamos esta como “identificación progresiva de los sentimientos de Cristo al Padre”¹⁷, y no como una simple información o simple reciclaje.

La formación permanente ha de llevarnos a una conversión personal, base para una conversión pastoral. Puede que cambiemos las estructuras pastorales pero si no trabajamos esta dimensión personal de la vocación presbiteral que nos haga ser conscientes de nuestro carácter esencial de discípulos de Jesús y seguidores de Cristo, al final serán cambios superficiales que no afectarán a nuestra vida real de presbíteros y que nunca llevarán a una conversión pastoral.

“La renovación de las estructuras exigidas por la conversión pastoral solo puede entenderse

¹⁷ Juan Pablo II, *Vita consecrata*, 65.

en este sentido: como parte de un esfuerzo por hacerlas más orientadas a la misión, para que la actividad pastoral ordinaria a todos los niveles sea más inclusiva y abierta, para inspirar en los agentes de pastoral una constante actitud de salida y, de este modo, favorezca una respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad¹⁸. Para que haya una conversión estructural que refuerce la vida, hemos de trabajar en la conversión pastoral. Debemos reconocer que esto no es sencillo, pues la vida apostólica y misionera nos lleva a ser pastores y representantes de la comunidad cristiana, a la que tenemos que acompañar y guiar, pero por otro lado nos vemos necesitados de ser acompañados y guiados por otros y por el Señor.

Como presbíteros estamos llamados a cuidar nuestra relación con el Señor y con los demás y la relación con uno mismo. En ese contexto hemos de afirmar que “la vida según el Espíritu” y el “radicalismo evangélico” al que está llamado todo sacerdote, hacen más necesaria que nunca la formación permanente. Sin formación el ministerio sacerdotal, su autenticidad y fecundidad espiritual se ponen en entredicho.

En estos momentos caracterizados por el cambio, veo la necesidad de que cuantos formamos la comunidad sacerdotal de nuestra Archidiócesis escrutemos los horizontes futuros de la formación permanente y que lo hagamos mirando hacia adelante, siempre dispuestos a echar de nuevo las redes como nos pide la Palabra del Señor. No podemos pensar que por el hecho de ser sacerdotes tenemos todas las respuestas en la mano. Hemos de ser bien conscientes de poderlas encontrar a lo largo del camino, de la mano de una formación permanente adecuada a estos tiempos delicados y duros en que nos

¹⁸ Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, 27.

encontramos. Es esta una responsabilidad personal en la que nos jugamos mucho.

A ejemplo del Maestro, nosotros, sus discípulos, estamos llamados a servir. Ese es nuestro carácter distintivo. Desde la perspectiva del servicio, la formación permanente no es una operación extrínseca, la transmisión de una enseñanza, sino que se convierte en el arte de poner al otro en el centro, resaltando su belleza, lo bueno que lleva dentro, poniéndole de manifiesto sus dones y también sus sombras, sus heridas y sus deseos. ¿Es esta nuestra actitud frente a la realidad de los hermanos en el presbiterio o solo subrayamos lo negativo?

En la formación permanente, por tanto, no olvidemos que somos siempre discípulos en camino y que esto constituye, en todo momento, lo más hermoso que nos haya sucedido, por gracia de Dios. Solo así podemos convertirnos en padres y madres para quienes nos han sido confiados; solo así generamos vida, la vida de Dios.

Preguntémonos:

1. ¿Soy consciente de mi condición de discípulo y por lo tanto de la necesidad de la formación permanente?
2. ¿Cómo cuido esa condición?
3. ¿Qué importancia doy a la formación permanente en mi vida de discípulo?

5. La belleza y alegría de ser apóstol

Sacerdotes, presbíteros, apóstoles... Son algunos de los nombres con los que nos conocen y nosotros mismos nos definimos, aunque el Concilio, a la hora de hablar de nuestro ministerio sacerdotal, habla de "ministerio apostólico".

Con esta opción del Concilio se quiere afirmar que la referencia de nuestro sacerdocio es Cristo y los apóstoles, y que el punto de partida para la comprensión del ministerio ordenado es la

consagración y misión del Hijo enviado por el Padre. También se quiere afirmar que nuestra función como sacerdotes es obrar en nombre de Cristo Cabeza en tres ministerios: el de la Palabra y anuncio del Evangelio, el de los sacramentos y la celebración de la Eucaristía, y el de la guía y conducción del Pueblo de Dios en su camino hacia el Reino. De este modo, el ser apóstol sitúa nuestro sacerdocio en dependencia absoluta del Hijo, tanto de su misión como de su persona.

Por este motivo, el sacerdote no puede presentarse ante la comunidad en nombre propio sino en nombre de quien lo envía, en el nombre del Señor. Como Pablo, el sacerdote ha de presentarse como aquel que ha sido poseído y alcanzado enteramente por el Señor (cf. Fil 3, 12). El sacerdote está llamado a servir al Señor y a su Evangelio siendo consciente de que ha pasado a ser propiedad del Señor y su instrumento, convirtiéndose en su propio cuerpo (cf. 1 Cor 15, 23; Rom 8, 9; 1 Cor 3, 23; 2 Cor 10, 7). Es lo que decimos cuando expresamos que el apóstol y el sacerdote *actúan in persona Christi*. Una realidad que aparece de forma visible y lo realizamos ejemplarmente y de forma suprema en la Eucaristía y en el sacramento de la Reconciliación, aunque no de forma exclusiva.

Actuamos en nombre de Cristo, pero no somos Cristo. Aquí se produce de nuevo una tensión fundamental donde se muestra la belleza y grandeza oculta del sacerdote: entre la actuación en nombre y representación de Cristo como Cabeza de la Iglesia y la frágil existencia personal, incluida la fragilidad del pecado. Cristo se hace presente en la fragilidad de la existencia del sacerdote. El que envía se hace presente en quien es enviado.

En otras palabras y seguramente más hermosas que las mías, pronunciadas por Benedicto XVI, esto significa que “el sacerdote no es un simple oficio, sino un sacramento: Dios se vale de un

hombre con sus limitaciones para estar, a través de él, presente entre los hombres y actuar en su favor. Esta es la audacia de Dios que se abandona en las manos de seres humanos; que, aun conociendo nuestras debilidades, considera a los hombres capaces de actuar y presentarse en su lugar. Esta audacia de Dios es realmente la mayor grandeza que se oculta en la palabra 'sacerdocio'¹⁹.

¿Somos conscientes de ello? Nosotros, sacerdotes, no representamos a Cristo sustituyéndolo, sino que es Cristo quien por la fuerza del Espíritu se hace presente en nuestra acción sacramental. Es Cristo quien anuncia el Evangelio, quien bautiza, quien preside la eucaristía. Esto es lo que entendió Pablo de Tarso cuando en la *Segunda Carta a los Corintios* afirma, desde su experiencia personal, que la fuerza y gracia de Dios se realiza en su debilidad (cf. 2 Cor 12, 9). Esta es la audacia del Señor y aquí está precisamente la belleza de ser sacerdote. No somos Cristo, sino apóstoles de Cristo y esclavos del Señor. El Evangelio, el Cuerpo de Cristo, el Reino de Dios son realidades que nos superan infinitamente y respecto a las cuales nunca podremos estar a la altura de las circunstancias. Asumir con humildad esta pobreza y vivirla como un acicate para la santificación personal es algo constitutivo de la vida del apóstol, pues hace que no pueda apropiarse nunca de nada: ni del evangelio que hemos de predicar, ni de la comunidad eclesial a la que somos enviados, ni de los frutos apostólicos que puedan darse a través de su acción pastoral. En cuantos sacerdotes, hemos de ser muy conscientes de que somos apóstoles de Jesucristo y esclavos del Señor. Es ahí, y no en el éxito, donde el sacerdote puede decir en verdad aquella otra expresión

¹⁹ Benedicto XVI, *Homilía en la Clausura del año sacerdotal*, Roma, 11 de junio de 2010.

paulina de que ya “no soy yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gal 2, 20).

Preguntémosnos:

1. ¿Cómo me presento ante la comunidad que me ha sido confiada, como enviado y siervo o como amo?
2. ¿Puedo decir como Pablo que he sido poseído y conquistado por Cristo?
3. ¿Soy consciente de la audacia de Dios que se hace presente en mi debilidad?

6. La belleza y alegría de ser hermano

La comprensión plena del presbítero, el lugar donde se expresa la fraternidad sacerdotal y su forma de vida es en plural, es decir, como presbíteros en relación con su obispo, los otros presbíteros y con los fieles. De este modo, la belleza y la alegría de ser sacerdote se transforma en la belleza y la alegría de ser hermano. La comunidad de la que forma parte el presbítero es sacramental, es decir, nace de la naturaleza misma del sacramento del orden, está dada con el sacramento mismo. No es una cuestión opcional o carismática, sino constitutiva del ser sacerdotal.

Esta comunión se ha de vivir, en primer lugar, entre el obispo y el sacerdote. El ministerio ordenado tiene su forma plena y de expresión y comprensión en el obispo, sucesor de los apóstoles. Y el obispo, a su vez, no puede entenderse de forma aislada, sino como miembro del colegio apostólico, y en comunión con la cabeza de este cuerpo que es el sucesor de Pedro, el obispo de Roma.

Me parece que el Concilio, a propósito de esto, sugiere una sabia vía: “las relaciones entre los obispos y los sacerdotes deben fundarse principalmente en los vínculos de la caridad

sobrenatural²⁰, caridad que mira a evidenciar una relación que supera la relación funcional radicándose en la realidad de la familia presbiteral de la que el obispo es el Padre y el Pastor. Es esta caridad sobrenatural la que favorece y consolida la colaboración con el obispo, haciendo más fructuosa la común acción pastoral al servicio de las almas.

Si estas son consideraciones en las cuales creo profundamente, soy consciente también de que no siempre es fácil vivir este compromiso asumido en plena libertad. Y, sin embargo, la comunión, deseada por Jesús entre cuantos participan del sacramento del orden, se debe manifestar en modo del todo particular en las relaciones de los presbíteros con los obispos.

Si los sacerdotes están llamados a vivir en comunión con sus obispos, por su parte, los obispos han de trabajar mucho la comunión con los sacerdotes, lo que supone cuidar cordialmente y escuchar de buena gana a los sacerdotes e incluso consultarles y dialogar con ellos sobre las necesidades del trabajo pastoral y el bien de la diócesis. Y esto es lo más exigente y a la vez lo más frágil.

En segundo lugar, el sacerdote está llamado a dialogar y formar una verdadera fraternidad con los demás miembros del presbiterio diocesano. Esto es lo que enriquece el presbiterio: ser sacerdotes juntos, seguir al Señor no solos, no uno a uno, sino juntos, a pesar de la gran variedad de esos dones y personalidades, Por la ordenación, a pesar de la variedad de orígenes, de edades, de talentos, los presbíteros estamos unidos todos entre nosotros por la íntima fraternidad del sacramento. Todos formamos parte de un único presbiterio.

No basta, queridos hermanos en el sacerdocio, formar una comunidad sacerdotal en virtud de

²⁰ Concilio Vaticano II, *Christus Dominus*, 28.

nuestra ordenación. Hemos de manifestarnos como tales. Y es en este sentido donde me veo obligado a recordar nuestro compromiso de hacernos presentes en las reuniones y encuentros programados a nivel diocesano y de arciprestazgos. Estos encuentros, además de enriquecernos personalmente y ayudarnos a vivir nuestra comunión a nivel de sacerdocio, nos sirven para romper con la “sospecha” y dar a nuestras relaciones más familiaridad, disfrutando de los dones de los demás. Confieso que la participación de algunos sacerdotes en estos encuentros deja mucho que desear, y que tengo la impresión de que cualquier cosa es una disculpa válida para no presentarse en una reunión de sacerdotes en la que podamos aportar todos.

Si no cultivamos la “mística del encuentro” entre nosotros, nuestras relaciones corren el riesgo de ser cada día más frías, especialmente en lo que respecta a compartir la fe. También corremos el peligro de estar “aislados de la historia”, con lo que nos estamos incapacitando para establecer relaciones significativas de confianza y de comunión evangélica. ¿No os parece que esto se da cuando sentimos que nuestros problemas son únicos e insuperables, y que nadie puede entenderme! Y con ello cada vez me aísla más.

Finalmente estamos llamados a vivir la comunión con los fieles laicos que tenemos en nuestras parroquias. Los laicos no son simples monaguillos o simple mano de obra, sino que su misión en la Iglesia se define por la corresponsabilidad, la comunión y el servicio mutuo.

En sus fieles y en sus ministros la Iglesia es sobre la tierra la comunidad sacerdotal estructurada orgánicamente como Cuerpo de Cristo, para desempeñar eficazmente, unida a su Cabeza, su misión histórica de salvación. Así nos

lo enseña san Pablo: “Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros, cada uno en la parte que le corresponde” (1 Cor 12, 27). En efecto, los miembros no tienen todos la misma función: esto es lo que constituye la belleza y la vida del cuerpo (cf. 1 Cor 12, 14-17).

Es en la diversidad esencial entre sacerdocio ministerial y sacerdocio común con los fieles donde se entiende la identidad específica de los fieles ordenados y laicos. Por esa razón es necesario evitar la secularización de los sacerdotes y la clericalización de los laicos. Recordemos que “el amor a la gente es una fuerza espiritual que facilita el encuentro pleno con Dios”²¹.

Lo dicho nos recuerda algo importante en nuestras vidas: no podemos caminar solos. Estamos llamado a caminar juntos. Soy consciente de que esto no es fácil, no es inmediato y evidente. En primer lugar porque también nosotros, sacerdotes, estamos inmersos en la cultura subjetivista de hoy, esta cultura que exalta el “yo” hasta idolatrarlo. Y luego, a causa de un cierto individualismo pastoral que por desgracia está bastante extendido entre nosotros. Por ello tenemos que reaccionar con la elección de la fraternidad.

Intencionalmente hablo de “elección”. No puede ser solo una cosa dejada por casualidad, a las circunstancias favorables... No, es una elección que se corresponde a la realidad que nos constituye, al don que hemos recibido, pero que siempre es necesaria.

Esta comunión pide ser vivida buscando formas concretas adaptadas a los tiempos y a la realidad del territorio, pero siempre en perspectiva apostólica, con estilo misionero, con fraternidad y la sencillez de vida. Cuando Jesús dice: “en esto todos reconocerán que vosotros

²¹ Papa Francisco, *Exhort. ap. Evangelii gaudium*, 272.

sois mis discípulos: en el amor que se tengan los unos a los otros" (Jn 13,35), lo dice, cierto para todos, pero en primer lugar por los Doce, a los que llamó a seguirlo más de cerca.

Queridos sacerdotes: ¡jamás os aisléis! El profundo sentimiento de comunión solo llega cuando, personalmente, me doy cuenta del "nosotros" que soy, he sido y seré. De lo contrario, los otros problemas llegan en avalancha: del aislamiento, de una comunidad sin comunión nace la competencia y ciertamente no la cooperación; surge el deseo de reconocimiento y no la alegría de la santidad compartida. Se entra en una relación ya sea para compararse o para apoyarse.

Nuestra vocación se vive mejor en comunidad y en fraternidad. Caminar juntos es siempre garantía de fidelidad al Evangelio; juntos y en armonía, tratando de enriquecer a la Iglesia con el propio carisma, pero teniendo en el corazón el ser el único cuerpo del que Cristo es la Cabeza.

Preguntémonos:

1. En mis relaciones con el Arzobispo, con los otros sacerdotes y con los fieles laicos ¿qué sobra? ¿Qué falta?
2. ¿Existen razones o prejuicios que nos impiden mantener unas relaciones sanas con el Arzobispo, con los demás sacerdotes, y con los fieles laicos? ¿Cuáles?
3. Mis relaciones con los demás están mostrando un cierto clericalismo? Si es sí, ¿cómo evitarlo?

7. La belleza y alegría de ser llamados para llamar

El sacerdote es un llamado por Dios: "no me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os

he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto y que vuestro fruto permanezca” (Jn 15, 16); “sacado de entre los hombres para servir a los hombres en las cosas de Dios” (Hb 5, 1). El elegido es una persona libre y en su libertad puede aceptar o rechazar la llamada, pero nadie puede reclamarlo como un derecho que le pertenece, ni tampoco puede darse el sacerdocio a sí mismo. Siempre es Dios quien llama y consagra: “Venid y os haré pescadores de hombres” (Mt 4, 19).

Los sacerdotes, como mediadores entre Dios que llama y los niños y jóvenes que reciben la llamada, y conscientes de la belleza y la alegría de haber recibido la llamada al sacerdocio, están llamados a colaborar con el Señor en la hermosa tarea de suscitar vocaciones. ¡Qué triste sería que una vocación se perdiese por mi cobardía en proponer a un niño o a un joven la posibilidad de ser llamado al sacerdocio! ¡Qué triste sería morirme “sin descendencia”!

Queridos sacerdotes: no tengáis miedo ni vergüenza de prestar esta preciosa colaboración con el Dueño de la mies. Hablad a los jóvenes y adolescentes de la belleza de la vocación sacerdotal. A todos os pido, mis queridos sacerdotes, la caridad de vuestra oración al Dueño de la mies para que envíe operarios a su mies (cf. Mt 9, 37-38). Y a todos os pido que hagáis de vuestra vida una llamada a la vida sacerdotal, sin olvidar una llamada directa a entrar en nuestros Seminarios.

En este contexto pido a todos los sacerdotes que trabajen con las familias de tal modo que descubran que una de las mayores bendiciones que el Señor puede derramar sobre los padres cristianos es el don de la vocación al sacerdocio de alguno de sus hijos. Acompañadlos y ayudadlos a descubrir el extraordinario privilegio que el Señor les ha concedido de colaborar con el Creador en la generación de

nuevas vidas, a las que, además de transmitirle la fe y la educación cristiana, se añade el don y el misterio de recrear en sus casas el ambiente y el estilo del hogar de Nazaret, a imitación de la Santísima Virgen y de san José, custodiando el despertar vocacional de sus hijos y acompañando sus pasos hasta el altar de Dios. De este modo, queridos sacerdotes, os convertís en colaboradores íntimos y cercanos del corazón sacerdotal de Cristo, que sabrá recompensar con creces vuestra generosidad.

Pedid al Señor que toque el corazón de muchos jóvenes alegres, limpios, valientes y generosos, que estén dispuestos a ofrecerle sus vidas al servicio del anuncio del Evangelio, al servicio de la Iglesia y de sus hermanos. Orad con insistencia al Señor por la perseverancia y fidelidad de nuestros seminaristas, así como por los frutos de santidad de nuestro Seminario. La crisis vocacional que asola a nuestra vieja Europa no es crisis de llamada, sino de respuestas.

Pero la mejor propaganda vocacional es la que nos enseña Jesús mismo en el evangelio: “venid y veréis” (Jn 1, 36). De ahí nuestra responsabilidad a la hora de suscitar vocaciones, sostenerlas y acompañarlas con nuestra plegaria.

Preguntémonos:

1. ¿A cuántos jóvenes he propuesto la vocación sacerdotal? ¿Cuál es el motivo para proponérsela o cuál el motivo para dejar de proponérsela?
2. ¿El modo de vivir mi sacerdocio es una invitación a seguir esta forma de vida o es un impedimento?

8. Conclusión

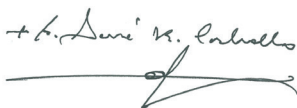
No quiero terminar esta carta sin antes agradecer muy de corazón a todos los que trabajáis en la pastoral de las vocaciones y en la pastoral juvenil, en la pastoral universitaria, en los grupos juveniles de los religiosos y de hermandades y cofradías. Todos somos responsables de crear una “cultura vocacional” en nuestra Archidiócesis a través de la oración, el testimonio y el discernimiento. Gracias. Que Dios premie vuestra generosidad y atienda vuestras súplicas.

Pongo todas estas intenciones en las manos maternales de la Santísima Virgen bajo la advocación de la Virgen de los Dolores de Chandavilla, de san Atón, patrono de nuestro Seminario, y de santa Eulalia, patrona de la juventud de nuestra Archidiócesis. Que ellos bendigan nuestro Seminario, y que su intercesión ante el Señor nos consiga las vocaciones que tanto necesitamos, fortalezca la fidelidad y la perseverancia de nuestros seminaristas y ayude a los sacerdotes a vivir fiel y santamente su sacerdocio.

Vuestro pastor y hermano en Cristo

Badajoz, 31 de marzo de 2026

Misa Crismal 2026



✠ Fr. José Rodríguez Carballo, ofm

Arzobispo de Mérida-Badajoz



